

LOS INQUISIDORES DE GRANADA



COLECCIÓN PROFESOR LIDENBROCK



GABRIEL SÁNCHEZ OGÁYAR. Este jiennense natural de Úbeda, por su periplo vital y la cantidad y diversidad de oficios ejercidos, podría ser definido sin temor a equivocación alguna como la mano cortada de Blaise Cendrars. Municionista del ejército, vendedor itinerante, aventurero en Las Hurdes buñuelianas, arrojado reportero de varios periódicos, trabajador *free lance* para distintas cabeceras informativas y, desde entonces, profesional ligado a los medios de comunicación en sus vertientes de cámara de TV, locutor, presentador y director de programación. Como escritor, hasta la actualidad, es autor de dos novelas: *El secreto perdido*, publicada con éxito en Punto Rojo Libros; y *Los inquisidores de Granada*, primera parte de la trilogía *Las guerras del Libro*, que inaugura la colección PROFESOR LIDENBROCK de la editorial GINGER APE.



Gabriel Sánchez Ogayar
LOS INQUISIDORES DE GRANADA



GINGER APE BOOKS&FILMS

Título original: *Los inquisidores de Granada*
Autor: Gabriel Sánchez Ogáyar

Imagen de cubiertas: Jean-Léon Gérôme, *Le priere au Caire* (1865)

Colección: Profesor Lidenbrock
PL01-00004-D
Primera edición en Ginger Ape: noviembre de 2012

© De la presente edición: Ginger Ape Books&Films, S.L.
© Del texto: Gabriel Sánchez Ogáyar.

© Copyright.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-940146-5-9
Depósito legal: AL-1126-2012
BIC: FJH / FT / YFT / 5AN

Printed by Publidisa

Ginger Ape Books&Films, S.L.
www.gingerapebooks.com
www.facebook.com/gingerapebooks

ÍNDICE

| | |
|------------------------------------|-----|
| PRÓLOGO..... | 13 |
| I. EL ASALTO A LA MADRAZA..... | 17 |
| II. EL MORISCO | 29 |
| III. EL CORÁN..... | 49 |
| IV. LOS LÍMITES DE LA CODICIA..... | 63 |
| V. LOS INQUISIDORES | 75 |
| VI. EN BUSCA DEL CORÁN..... | 83 |
| VII. LA PRUEBA..... | 95 |
| VIII. EL PAGO POR LA LIBERTAD..... | 101 |
| IX. UNA ESPINA EN EL CORAZÓN..... | 109 |
| X. LA SANTA INQUISICIÓN | 113 |
| XI. EL CAUTIVERIO..... | 129 |
| XII. EL ADIÓS DEL ALFAQUÍ..... | 135 |
| XIII. EL JUICIO DEL ALBAYZÍN | 141 |
| XIV. LA FALSA PROMESA | 155 |
| XV. EL ENGAÑO..... | 165 |
| XVI. ÚLTIMAS PALABRAS..... | 173 |
| XVII. LA SALA DE TORTURA | 181 |
| XVIII. UNA DURA PRUEBA..... | 187 |
| XIX. UNA FALSA PRUEBA..... | 193 |
| XX. ENTRARÉ EN GRANADA..... | 199 |
| BIOGRAFÍAS | 207 |

*A Victoria, mi mujer. Por su gran ayuda.
También, por emocionarse al leer esta historia.*

*Dejaos de quemar pergaminos y vitelas,
y hablad de cosas de ciencia para que vea
la gente quién es el que sabe.
Aunque queméis el papel, no quemaréis
lo que el papel encierra; antes bien,
quedará guardado en mi pecho.*

Ibn Hazm



PRÓLOGO

Poco faltaba para que se cumplieran ocho años desde que nuestro sultán Boabdil, ahora llamado El Desdichado, nos dejase en manos de los reyes de los castellanos. El frío propio del último mes del año hacía tiritar la ciudad, obligándola a exhalar los humos de los hogares, que siendo noche bien entrada, resguardaban a las gentes de la helada que la sierra cubierta de nieve nos trasladaba. Próximos al año de mil quinientos del calendario cristiano que ahora regía nuestro tiempo nos preparábamos para la entrada del nuevo siglo. Rogué a Alá el Misericordioso que el nuevo año trajese la prosperidad a aquella nuestra tierra, antes musulmana y ahora cristiana.

Después de la entrega de las llaves de la ciudad, una vez firmadas las Capitulaciones, nuestros derechos como pueblo, nuestra religión y nuestras costumbres, en mayor o menor medida, habían sido respetados, no sin que a menudo notásemos cómo se sucedían incidentes que buscaban mermar nuestra autonomía, y a pesar de que eran cada vez más numerosos, solían sobrellevarse comedidamente, sin que consiguieran alterar el ritmo de nuestras vidas. Habíamos conservado nuestra religión, lo que no significaba que nuestros conquistadores no quisieran imponernos la suya, evangelizando a nuestra gente

de forma contraria a lo que habíamos hecho nosotros. Sin embargo, aquellas nuestras creencias, durante tantos años arraigadas en nuestros corazones, hacían difícil el éxito de su misión, aunque entre los nuestros hubiera quienes, acercándose al poder, se bautizaran, al principio en secreto y más tarde saliendo a la luz, con el objeto de beneficiarse de la exención del pago de las alcabalas¹, pechos² y otras cargas que sus hermanos musulmanes sufríamos y que los reyes cristianos perdonaban a los que cambiaban su credo y se convertían mediante el bautismo. Eran estos por lo general gente pudiente, deseosa de no perder su sitio entre los principales de la villa, sin importarles en nada servir a los hijos de Alá o a sus nuevos amos bajo el signo de la cruz.

Como cadí³ de Granada recién iniciado en mi tarea procuraba impartir justicia en justa medida, tal y como mi maestro me había enseñado, y así resolver los muchos pleitos que tras la toma de la ciudad se habían suscita-

¹ *Alcabala*: antiguo tributo de la Corona de Castilla que recaía sobre el género vendido o permutado de cualquier clase a un interés variable de entre el cinco y el diez por ciento sobre el precio o valor de la transacción. En el caso de la compraventa estaban sujetos al pago los vendedores; en el caso del trueque, cada uno de los permutantes [N. del A.].

² *Pecho*: tributo que pagaban al rey o al señor del territorio por bienes y haciendas los pecheros o plebeyos, por oposición a los nobles, que quedaban exentos de su pago [N. del A.].

³ *Cadí*: juez de la comunidad musulmana. En origen, actúa por delegación de la autoridad suprema, esto es, del califa; no obstante, alcanzará gran independencia en su ejercicio. Entiende por lo general de causas civiles. Sus funciones, según recoge Maíllo Salgado (*Vocabulario de historia árabe e islámica*, Madrid, Akal, 1996, p. 54), consistían en: «dirimir las disputas, en hacer valer las responsabilidades y los derechos de los incapaces y de los huérfanos, en administrar las fundaciones de carácter piadoso, en hacer efectivas las disposiciones testamentarias, en aplicar las penas fijadas, en proteger su circunscripción contra las contravenciones de los reglamentos y contra los disturbios, en hacer que la justicia fuese igual para los débiles y para los fuertes, para los grandes y pequeños» [N. del A.].

do entre los musulmanes, a los que las Capitulaciones otorgaban que podían mantener sus propiedades, y los cristianos nuevos, quienes a cambio de haber asumido una nueva identidad se creían con más derechos que los que hasta entonces habían tenido sus hermanos. Estaban, además, los cristianos viejos venidos de otras tierras, y que al haber guerreado participando en la conquista de nuestro reino, reclamaban en justo pago a su gesta una recompensa que bien pudiera ser la tierra del moro al que habían vencido, lo que creaba una difícil disyuntiva, pues como cadí podía intervenir en causas que afectasen a musulmanes, pero no en aquellas relacionadas con cristianos, por lo que los pleitos entre ambos debían ser dirimidos por tribunales mixtos.

En la madraza⁴, donde ese año había comenzado a impartir la doctrina, habían sido muchas las veces que mi maestro, y yo mismo por no hacerle un desaire al hombre al que debía mi carrera, habíamos dado gracias al Santo Alfaquí⁵, pues era mucha la benevolencia y el respeto con que había tratado a nuestro pueblo. Me explicaba que durante su mandato al frente de la Iglesia de Granada,

⁴ *Madraza*: escuela superior de estudios islámicos. La de Granada, conocida como *Yusufiyya*, en referencia a su fundador, el rey Yusuf I (1333–1354), o *Nasriyya*, en relación con la dinastía que ordenó su construcción, la nazarí, fue inaugurada en 1349 y erigida en lugar privilegiado, junto a la mezquita mayor de la ciudad y la alcaicería, en la actual calle de los Oficios. Funcionó como Universidad hasta 1500, fecha en la que los Reyes Católicos la cedieron para casas del Cabildo, nuevo uso que llevó aparejado importantes reformas en la primitiva fábrica. Ya en el siglo XVIII (1722–1729), se procedió a su profunda renovación. Tras diversos avatares, desde 1976 es propiedad de la Universidad de Granada, recuperando así la eximia función que vio nacer el edificio en el siglo XIV [N. del A.].

⁵ *Santo Alfaquí*: respetuoso apelativo con el que los musulmanes granadinos conocían o se referían a Fray Hernando de Talavera (*Vid.* BIOGRAFÍAS 1). Un *alfaquí* es un doctor o sabio de la Ley musulmana, señaladamente de su sentido o aplicación [N. del A.].

el Santo Alfaquí cumplió fielmente el compromiso escrito de tratar al vencido con respeto, así como de dejar a nuestro pueblo gestionar la educación de sus hijos.

Hasta ese día aciago en que vi llegar a los hombres de la Iglesia vestidos con sus hábitos, escapularios y rosarios, y a un gran número de soldados, jamás hubiera imaginado cómo habría de cambiar todo en tan poco tiempo, ni que admiraría en tan gran medida la labor del hombre por el que Shakir Ben Amara, el alfaquí de la madraza, además de mi maestro y amigo, sentía lealtad y gran devoción.



I. EL ASALTO A LA MADRAZA

Las fuertes voces llamándole despertaron al alfaquí del placentero sueño del que disfrutaba en esos momentos. Eran muchos sus años y a su edad resultaba conveniente echarse un rato después de la comida. Esta, al menos, había sido la recomendación que le hiciese su médico después de que intensos dolores de huesos se apoderasen de su cuerpo. Obligado, había tenido que obedecer a riesgo de que Sara, que andaba todo el día a su cuidado, se enfadase en gran medida, como solía hacer cada vez que este se saltaba las recomendaciones del médico y dejaba su diván frente al fuego para salir al patio. En realidad, era yo el que desde la calle daba grandes voces, mientras resollaba fuertemente para recuperarme. Tomé aliento apoyado en el quicio de la puerta antes de entrar en la casa en la que vivía mi maestro, en el barrio que llamaban de los Halconeros⁶, muy cerca del lugar en que se hallaba la mezquita mayor del Albayzín⁷, hasta la que había llegado corriendo sin pararme desde la madra-

⁶ Barrio de los Halconeros o Albayzín (al-Bayyazin) [N. del A.].

⁷ Se erigió en el solar que hoy ocupa la colegiata del Salvador (en el presente, placeta del Abad). Fue consagrada al culto cristiano a comienzos del siglo XVI, siendo, poco después, suplantada por una edificación de nueva planta (la actual iglesia del Salvador). Integrados en el templo cristiano se conservan vestigios de la antigua mezquita: el patio, una galería con arcos de herradura apuntados y el aljibe [N. del A.].

za, el lugar en que impartía mi clase de derecho y al que acudía dos veces por semana.

—¿A qué viene tanto vocerío, Amín? ¿A qué viene esa forma de perturbar la paz y el descanso de este viejo? —me preguntó el alfaquí con claros gestos de enfado, no sé si por estarlo de verdad o por justificarse ante su hija Sara, después de que Nadima me abriese la puerta y me dejase entrar, evitando que la derribase de tantos golpes como inconscientemente había dado con mi puño contra la madera.

Volví a tomar aliento antes de hablar.

—Han asaltado la madraza, maestro; se llevan todos nuestros libros —respondí con un hilo de voz.

La cara de Shakir expresó gran horror al conocer la noticia.

—Perdona mi enfado, pues no creí que fuese asunto tan grave el que te trae. ¿Sabes, Amín, si se han llevado el Corán, el único de entre todos?

Afirmé con la cabeza, pues la emoción que sentía me impedía hablar.

—Sara, hija —llamó el alfaquí a la muchacha, que al escuchar mis voces entraba veloz desde el huerto situado en la parte trasera de la vivienda—, trae al joven Amín un poco de agua —le indicó—. Ven hijo, acércate a la lumbre, pues a pesar del calor que ahora tienes no es conveniente que se enfríe tu cuerpo y cojas algún mal. Ahora atiende la consigna que voy a darte y que habrás de llevar a cabo con gran diligencia si queremos evitar que el Corán que nos entregase el sultán Boabdil para su custodia perezca quemado en las llamas y con ello su valiosa enseñanza y todo lo que para nosotros los musulmanes ese Santo Libro representa.

Tomé el vaso de la mano de la muchacha rozando sus dedos con los míos y sintiendo gran temblor. Mientras bebía me fijé en los ojos verde esmeralda de Sara, en los labios perfilados que tantas noches había soñado besar y en su cara morena de fieros rasgos que tanta fama de mujer bella le habían dado.

—¿Qué sucede, padre, que tan afligido os veo? —se interesó la muchacha, lanzando una mirada de indignación al que supuso era el causante de haber perturbado la paz de aquella casa y el descanso de su padre enfermo.

—La tropa inquisitorial del arzobispo mandado por los reyes castellanos ha asaltado la madraza y ha saqueado todos los libros, entre estos, nuestro sagrado Corán.

—¿A qué razón responde, padre mío, tan ignominiosa acción? —quiso saber la muchacha.

—Ese hombre que ahora prevalece en la Iglesia cristiana de Granada⁸ pretende destruir la memoria escrita de nuestro pueblo, que no habremos de consentir, pues con su actitud contraviene los acuerdos a los que los reyes cristianos se comprometieron con nosotros. Por más empeño que pongan y por más humillaciones que suframos no podrán hacernos renegar de nuestra historia y de nuestras creencias, como así pretenden —dijo el alfaquí cuando se dio cuenta que bajo el dintel de la puerta que daba al patio se encontraba Fernando Benjumea, el hijo de un zegrí⁹ de noble estirpe convertido en cristiano nuevo al igual que toda su familia, y que desde hacía tiempo

⁸ Se refiere al arzobispo de Toledo Francisco Jiménez de Cisneros. *Vid. BIOGRAFÍAS 2* [N. del A.].

⁹ *Zegrí*: es el nombre de un linaje nobiliario de la Granada musulmana. Fue popularizado por la obra de Pérez de Hita: *Historia de los bandos de los zegríes y abencerrajes, caballeros moros de Granada...* (Zaragoza, 1595) [N. del A.].

venía cortejando a Sara para mi envidia y desvelo. No en vano debía de ser la muchacha más bonita de todo el Albayzín y a la que yo quería con toda mi alma desde la niñez.

—Si lo precisáis, puedo hablar con mi padre —ofrecióse Fernando Benjumea al padre de Sara, siendo recompensado con la mirada candorosa de la muchacha, que no pasó desapercibida para mí.

Al alfaquí le asaltaron dudas al escuchar el ofrecimiento de Fernando Benjumea, que si bien era cierto que su padre era hombre importante en la ciudad y podía ayudarnos en esta causa, no menos cierto que resultaba poco apreciado entre los musulmanes de la villa por ser considerado un traidor a sus hermanos. Miré a Shakir mostrándole mi desaprobación, mientras el renegado lo hacía esperando una respuesta favorable, como finalmente se produjo, para satisfacción de este y desagrado mío.

—Si te andas preguntando el porqué he dicho sí al ofrecimiento de Fernando Benjumea, la respuesta se llama prudencia —me explicó cuando él y yo nos quedamos a solas, después de que Fernando abandonase la casa para hablar con su padre, Sara saliese a despedirlo y el viejo alfaquí viese la cara de consternación que yo tenía.

—Prudencia decís, maestro; no entiendo por qué debemos ser prudentes y humillarnos ante un traidor como Abdalá Muleya. Sabéis que ese hombre es un prestamista y un usurero que se aprovecha de los que fueron sus hermanos.

—Por eso mismo, porque de esta manera, no enfrentándonos a él, se mostrará confiado creyendo que nos engaña, sin saber que somos nosotros los embaucadores. Y dado que no resulta conveniente el enfrentamiento

cuando la batalla la tenemos de antemano perdida, es mejor táctica unirse al enemigo, ser miembro de sus filas, creyendo este que luchamos a su favor y que como él nos manda, nosotros somos sus vasallos. Y si de altanero se viste su persona, de humildad cubriremos la nuestra, y si sus aguas bajan bravías por las peñas, las nuestras haremos que, aunque mansas, muevan palas de molino.

—Cuánta razón llevan vuestras reflexiones, maestro mío. Mandadme, pues, qué he de hacer, que arrojó no me faltará para llevar acabo vuestra encomienda.

—No es arrojó lo que en estos momentos preciso de ti, Amín, pero sí templanza y grandes dotes de inteligencia, que faltarte no te falta, aunque eso sí, has de saber utilizarla adecuadamente o habrá de fracasar nuestra empresa. Si mezclas el ímpetu propio de tu edad con la medida propia de la edad mía, verás que la combinación es letal. Sólo de esta manera podremos ganar la partida —afirmó convencido y convenciéndome a mí el sabio hombre por el que tanto respeto yo profesaba y tanto debía, pues gracias a su empeño hoy yo era cadí.

—Atiende a lo que voy a decirte, pero antes cierra la puerta con la aldabilla para que nadie nos moleste, ni haya comentarios que causen disgusto en el corazón enamorado de mi hija, ya que voy a hablarte de quienes a poco tardar serán su familia.

Al escuchar la noticia sentí un gran pesar en mi corazón, por comprender que ya nunca habría de besar aquellos labios.

—Es necesario que cojas cálamo y pergamino y escribas lo que habré de dictarte para que lo lleves de inmediato al Santo Alfaquí, antes de que los patriarcas cristianos y con estos, Abdalá Muleya, quien tomó por cristiano

nombre el de Alonso Benjumea de Loja, se hagan con el Libro Sagrado, como intuyo que pretenden.

Sorprendido por la contundente afirmación que había hecho mi maestro, hice al instante lo que me demandaba. Después de escribir lo que el alfaquí me dictara, calenté la cera y la puse sobre el cordel para que este pusiera encima el anillo con su sello.

—Maestro, ¿no habría sido mejor escribirlo en castellano para que así el Santo Alfaquí lo pudiese entender sin necesidad de mandar llamar a un intérprete?

—Prudencia, joven Amín, antes de hablar piensa siempre lo que dices, pues si te he mandado escribirlo en árabe alguna razón habré de guardar, y esta no es otra que el conocimiento que de nuestra lengua tiene la persona a la que has de entregar la carta —me explicaba el alfaquí cuando oímos que empujaban la puerta.

—Amín, guarda la carta entre tus ropas y abre, o tendremos que sufrir la irritación de mi hija, pues como ves, mis piernas se muestran desobedientes a mi cabeza y no hacen caso a lo que su dueño les manda —dijo mi viejo maestro intentando incorporarse sin conseguirlo.

Cumplí su petición sin que a juicio mío mereciese la mirada enérgica y enfadada que me lanzase la mujer que me quitaba el sueño. Sin decir una palabra, siquiera de despedida, salí de la estancia al patio y de allí a la calle con la intención de llevar a cabo el cometido que mi maestro me había encomendado.

—Creí que entre nosotros, padre, no había secretos, y sí confianza que hiciera que jamás las puertas de esta casa estuviéranme vedadas al paso o cerradas para que mis oídos no escucharan lo que tras ellas se habla.

—No es desconfianza, hija mía, lo que hay en esa

acción, y sí el deseo de Amín de preservar ante los demás el consejo que me ha solicitado sobre su reciente amorío —mintió el alfaquí, a la par que despertaba el interés de su hija y veía como esta contraía su rostro sin que ella misma supiese el porqué. Aunque sí el alfaquí, a quien los galanteos de Fernando Benjumea con Sara en nada complacían, a pesar de que no se había inmiscuido por temor a romper con los preceptos que había inculcado a su hija sobre la libertad de las personas para elegir libremente su destino.

Crucé con paso ligero la alcaicería¹⁰ hasta llegar a la plaza de Bib-Rambla¹¹, cuando hube de apartarme para dejar paso a un carro tirado por una mula y cargado con

¹⁰ *Alcaicería*: mercado cubierto y cerrado en el que se almacenaban, trabajaban y vendían las mercancías más lujosas (telas de toda especie, alfombras, tapices y piezas de orfebrería); podía ser un edificio o un entramado de calles. Dado el alto valor de los productos que atesoraba y los caudales que generaba, durante la noche, las alcaicerías permanecían vigiladas y cerradas con sólidas puertas. La de Granada, de apariencia amurallada y trazado laberíntico, se levantaba en el barrio musulmán de los Gelices y constituía el corazón del alto comercio de la ciudad (fundamentalmente de la seda). Su alta rentabilidad económica determinó su permanencia tras la conquista, convertida en Real Sitio (con pingües beneficios para la Corona), bajo la jurisdicción del alcaide de la Alhambra. Así la describía Lucio Marineo Sículo a comienzos del siglo XVI: «Hay casi doscientas tiendas en que de continuo se venden las sedas y paños y todas las otras mercaderías, y esta casa (que se puede decir pequeña ciudad) tiene muchas callejas y diez puertas, en las cuales están atravesadas cadenas de hierro que impiden que puedan entrar cabalgando; y el que tiene cargo de la guarda de ella, cerradas las puertas, tiene sus guardas de noche y perros que la velan, y en nombre del Rey cobra la renta y tributo de cada una tienda» (*Vida y hechos de los Reyes Católicos*). Conservó su traza y características originales hasta marzo de 1843, fecha en la que un incendio la redujo a cenizas. Al año siguiente, fue parcialmente reconstruida siguiendo esquemas historicistas [N. del A.].

¹¹ Bib-Rambla: actual plaza de Bibarrambla. Significa Puerta del Arenal o de la Rambla (por hallarse en la ribera del Darro). Espacio muy celebrado por los poetas árabes (no sin dosis de fantasía, Pérez de Hita la hace grandioso escenario de los enfrentamientos entre Abencerrajes y Zegríes), ya en época cristiana se erigió centro celebrativo por antonomasia de la ciudad de Granada [N. del A.].

los cientos de libros que los soldados del arzobispo habían requisado de la madraza. Escoltado por una veintena de soldados iba un hombre con hábito de monje franciscano, cabeza tonsurada y rostro de piedra toba; a su lado caminaba otro eclesiástico, este con vestimenta sacerdotal; y algo más rezagado un individuo alto de abultado vientre que vestía un sucio hábito marrón, el cual portaba una gran cruz que apoyaba sobre su barriga y al que le costaba coger el paso del que iba delante suya, un hombre que parecía ser su superior en la Orden. Detrás, rodeado de soldados fuertemente armados, les seguía el carro que minutos más tarde haría entrada por la puerta principal del palacio, el mismo que antes habitara el arzobispo Fray Hernando de Talavera y que ahora ocupaba el primado Jiménez de Cisneros.

Con disimulo busqué un lugar desde el que observar sin despertar la atención de los soldados, a los que vi haciendo guardia delante del portón por el que se accedía al palacio. Esperé largo rato hasta ver salir de nuevo al animal tirando del carro, esta vez con paso más ágil pues el carro se encontraba vacío. Al ver que el hombre que manejaba el animal, a pesar de sus vestimentas, era musulmán, corrí hasta él.

—Buen hombre, ¿podrías decirme dónde habéis dejado los libros que esos individuos se han llevado de la madraza?

—Le conozco, buen señor, sé que es el nuevo cadí ¿no es así?

—Así es, buen hombre, y también musulmán como vos —dije para darle confianza y que contestase así a la pregunta que le había hecho, si no por voluntad propia, sí por la vergüenza que debía sentir.

—Cristiano nuevo, querrá decir, por imposición de mi señor Alonso Benjumea de Loja, quien me ha ordenado que lleve a cabo tan doloroso trabajo —me aclaró sin poner impedimento alguno, y contestando voluntariamente a mi pregunta, pudiendo no hacerlo por estar fuera de mis atribuciones interrogarlo al no ser musulmán—. Escuche mi consejo y no quiera saber aquello que de conocer sólo le traería problemas. Si como veo en sus ojos tiene intención de entrar en el palacio arzobispal, que Alá el Compasivo no lo quiera, pues encontraría sin remisión la muerte, he de decirle que son muchos los hombres que custodian esos libros en una sala situada junto a los aposentos habilitados para el otro arzobispo, y que en nada habrán de respetar que seáis cadí, dándoos acaso muerte si fuera menester, pues para ellos sois un musulmán más, como tampoco respetan los acuerdos que hace ocho años firmaron, quizás por ser los nuestros los primeros que los incumplen actuando según conveniencia.

—No temáis, buen hombre, pues la pregunta es fruto de la curiosidad, ya que mi cabeza no alberga intención de llevar a efecto tal despropósito —mentí, pues había surgido en mí el ímpetu y no la medida y había sido esta mi primera intención, aunque tras su información la descartase.

Me despedí del carretero agradecido a la vez que preocupado por la información que me había proporcionado, viendo confirmado lo que el alfaquí sospechara con respecto a esos hombres, y entre ellos, especialmente, Alonso Benjumea de Loja, del que había oído hablar pero al que jamás había tratado. Volví sobre mis pasos y permanecí largo rato observando los movimientos de los centinelas que hacían guardia en el palacio para ver

si existía alguna posibilidad de entrar sin el peligro que suponía ser descubierto, y comprobando que no la había, al menos por aquella puerta, que era la principal.

Aquella eventualidad me había hecho perder mucho tiempo, por lo que con paso acelerado me dirigí a la casa donde el Santo Alfaquí tenía su nueva morada, una casa humilde que en nada destacaba sobre las restantes aldeñas y que Fray Hernando ocupaba desde que Cisneros resolviera quedarse en la antigua capital del reino nazari e instalarse en el palacio arzobispal; el mismo palacio al que Fray Hernando sólo acudía para despachar los asuntos oficiales. Esperé frente a la puerta hasta verlo salir escoltado por su guardia personal. Al intentar acercarme, un guardia me impidió el paso. Comprobé con desespero cómo aquel hombre de rostro afable subía al carruaje y emprendía la marcha alejándose de allí e impidiéndome que pudiese entregarle la misiva, por lo que no tuve por más remedio que correr tras él, poniéndome a su par.

—¡Mi señor, traigo un mensaje para usted del alfaquí Shakir Ben Amara! —grité en árabe para que el Santo Alfaquí lo entendiera sin que lo hiciesen sus guardias. Invoqué a Alá el Supremo Soberano rogando que se parase y me atendiera, como así sucedió, antes de que su guardia, creyendo que fuese mi intención atentar contra su persona, optara por detenerme.

Oí la voz que salía del interior del carruaje pidiendo al cochero que parase. Después, el hombre de gesto afable abrió la puerta y quedóse mirándome detenidamente; a continuación, alargó su mano para que yo la cogiese.

—Sube, muchacho, nada temas —me dijo en lengua árabe—; si mal no he oído, traes un mensaje de mi buen amigo Shakir, el alfaquí.

—Así es, mi señor —dije sacando la carta que guardaba entre mis vestimentas y entregándole la misma.

La leyó y durante un rato se quedó pensativo, valorando cuál sería su respuesta, y yo deseando que hiciese lo que Shakir le solicitaba, pues no era poco el desasosiego que sentía tras ver cómo aquellos soldados maltrataban tan preciada carga.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Amín Hamza, mi señor.

—¿No tienes nombre cristiano?

—No, mi señor, pues no considero justo que debamos cambiar el nombre de nuestros antepasados deshonrando su memoria, como entiendo que tampoco sería justo que nosotros lo hubiésemos hecho con los cristianos viejos cuando vivían en estas tierras y los sultanes gobernaban el Reino de Granada.

—Valor no te falta, joven Amín, como tampoco sinceridad, pues son pocos los que se hubieran atrevido a hablarme como tú lo has hecho, y aunque la razón te asista, no es menos cierto que será ahora cuando los musulmanes habréis de penar por obviar mis consejos. Hace tiempo que requerí de vuestra comunidad, que no os lo impuse, que adoptarais nuestras costumbres y os convirtierais al cristianismo, bautizándoos, sabiendo que si bien no lo aceptabais de buen grado y sí con disimulado fingimiento, al menos tendríais la posibilidad de abrazar vuestra religión en secreto, algo que no a mucho tardar no podréis hacer con la libertad que actualmente gozáis, pues más temprano que tarde, se os obligará a ello.

»Decid a mi sabio amigo Shakir Ben Amara que buscaré la forma de reunirme con él sin llamar en demasía la atención y así atender a su demanda en la medida en

que pueda hacerlo, pues ha de saber que mi autoridad en Granada está en menoscabo, y si bien mi deseo sería acudir en su ayuda como hasta ahora siempre he hecho, es muy probable que ya nada pueda hacer.

—Os agradezco, señor, vuestras sinceras palabras, que habré de trasladar de inmediato a mi maestro —contesté antes de descender del carruaje y perderme por las sinuosas y estrechas calles que componían la alcaicería granadina.